

Presentación

Este folleto recoge escritos realizados por los y las estudiantes del curso Sprachpraxis Spanisch IV/Essay en el semestre de verano de 2020 en la Universidad de Bonn. En el curso exploramos la literatura y la cultura latinoamericanas a través de su cuentística, un género larga y ricamente cultivado en la región¹. Jorge Luis Borges, Juan Rulfo, Amparo Dávila, Clarice Lispector, Roberto Bolaño y Samanta Schweblin, entre otros, fueron leídos y discutidos rigurosa y apasionadamente semana a semana en una doble clave de lectura que consistía en ocupar el lugar del otro y ser ocupado por él. Esta dislocación identitaria que prefiguraba el encuentro con lo otro se convirtió así en un horizonte de lectura y una manera de habitar la clase. Esta misma premisa fue el punto de partida de los trabajos de escritura, de ahí que el primer ejercicio del curso haya sido la invención de un otro yo. Y aquí tienen ante ustedes el resultado de esa primera exploración que registra el doble extrañamiento de los y las estudiantes: el de imaginar a otro u otra que toma elementos invertidos de sí para recrear personajes inquietantemente familiares y el de aventurarse a escribir estos pequeños relatos ficcionales en una lengua que no les era propia: el español.

El mérito de esta publicación radica menos en mostrar las habilidades y competencias de escritura en español de los y las estudiantes –la mayoría de habla alemana–, y más en revelar la potencia de la literatura para tender caminos y puentes que siempre son caminos de confrontación y encuentro consigo mismo y con todo y todos los otros que están dentro y fuera de nosotros.

Por último, este folleto es un dispositivo de memoria de un curso en el que cada encuentro se convirtió en un ritual, una manera de acompañarnos y estar juntos virtualmente, sintiéndonos, gracias a la literatura, muy cerca unos de los otros.

Bonn, septiembre de 2020
Natalia López

¹ Agradezco a la profesora Vera Wurst la idea para llevar a cabo este curso.

Después del terremoto, mi relación con él se desplomó. Como no, si a duras penas encontraba un espacio para sumergirme entre tanto arrebato que me inundó. “Lluvia, nieve, lluvia con nieve”. Por eso mismo, de nuevo, tuve que salir del lado oscuro de la habitación para hacerme cargo. Aunque somos idénticos. Yo no me conformo, quiero más y se lo hago saber desde atrás. Ese es mi lugar; recalcar, constantemente, todos sus errores. Cómo creen que llegó hasta donde está ahora. Al parecer solo yo lo sé y lo prefiero así. No imaginan lo agotador que es lidiar con la inseguridad de un artista y su constante búsqueda de aprobación. Todo ha sido gracias a él, a su visceralidad, a su valentía. La bailarina de cristal de la abuela al borde de la mesa de centro. ¿Y qué hay de mí? Yo también me agoto; me desconozco cada vez que aparece mientras mis irritados tímpanos descansan del cencerro. Es que no lo entiende, no quiero ser más el malo del paseo. No necesito más; se reveló la fragilidad de lo que hemos construido, las lágrimas regresan y las fuerzas para levantarnos son escasas; estoy dispuesto a ceder. Dejar a un lado mi ego para disfrutar, de nuevo, un “Agúzate que te están velando”. Si lo ven, díganle que no me olvide, que no sea necio. Yo sigo aquí, inquieto, esperando, detrás de él o de mí. No lo sé con certeza.

Alejandro Tafurth

A decir verdad, me choco con ella de manera continua, día tras día, noche tras noche. Más a menudo en la noche. De esa manera pueda aparecer en su máxima expresión. Me caen mal sus ojos enrojecidos, bolsas bajo los ojos que al día siguiente acaban de tener sus propias bolsas. Eso tampoco me sorprende tanto, efecto de *mise en abism* incorporado por su propia carne, después de todo, esta chica siempre ha sido una entusiasta de las vanguardias. Nuestra vinculación llega hasta tal punto que ni puedo saber quién está relatando esta verdad. Traté de describir a otra Anastasia, le podemos poner el apodo Nastia, así solía llamarse antes. Nastia se acuerda aún de los tiempos cuando sentía su alma feliz hasta la profundidad, sin sembrar dudas de aquel sentimiento. Era en una ciudad Z., donde se asociaba con las hierbitas parecidas al centeno, trepaba sobre las montañas y tomaba fotos de una ciudad adormecida en la madrugada. ¿Acaso era tan feliz? A esa Nastia le gusta sufrir, le gusta no solo dejarse llevar por la montaña rusa, sino vivir en esa montaña. Siempre apasionada y con cambios emocionales tremendos –que van de la risa al llanto. La ve(l)o, la recuerdo, la he enterrado en mi cementerio personal en donde no dejo entrar enemigos. De vez en cuando brindamos con vodka y regamos el suelo con fuentes de lágrimas, escupitajos mezclados con aguardiente y nuestra propia sangre. En sus bolsas debajo de los ojos guarda tabaco. La próxima vez voy a pedirle que lo comparta conmigo. La miro desde un estado apático, con una autoestima muy baja y ganas insoportables de podirme en la cama. Soy en verdad yo, pero... me pregunto constantemente si sería mejor convertirme de nuevo en Nastia, sacarla de la tierra y respirar aire nuevo por su boca negra.

Anastasia Muravyeva

Paseando por la calle, veo a una mujer que atrae mi atención. Tiene el pelo corto y negro y lleva gafas de sol. Está hablando con un hombre. Parece que están discutiendo, al menos ella parece muy molesta. De repente, el hombre se va y ella cruza la calle y viene directamente hacia mí. Me pregunta: “Perdona, ¿sabes dónde está la librería?” Su voz suena igual a la mía. Se quita las gafas y puedo ver que tiene mi rostro también. ¡Qué raro! Somos tan diferentes pero nos parecemos tanto que da miedo.

Anna Lena Geuß

Un día apareció en el periódico. Cuando vi la noticia, casi derramé mi té. El artículo informaba sobre el asesinato de un político fascista que se había realizado la noche anterior y mostraba una foto de la joven que cometió el crimen. La cámara la había capturado de frente, enfocando su rostro. Se me pusieron los pelos de punta. ¡Era yo! Pero, ¡no era posible, nunca había hecho algo así! Si bien había sentido el deseo de estrangular a ese político... Comencé a temblar.

Estudí la fotografía con más atención. Noté algunas diferencias entre mi apariencia y la de la otra, por ejemplo, tenía el pelo más corto, no llevaba gafas y sus ojos parecían dos garranchos de hielo. Además, estaba segura de que yo sería incapaz de tener un gesto tan frío y determinado. Sin embargo, era mi rostro.

Leí el artículo con inquietud creciente. Cada palabra aumentaba mi sensación de déjà vu, hasta que tuve el sentimiento siniestro de haber estado allí. De la profundidad de mi memoria subió de repente la imagen de mis manos ensangrentadas y la impresión de un triunfo feroz que pasó por mis venas como veneno. Horrorizada, sacudí el pensamiento de mi cabeza. Había estado en mi cama toda la noche. No podría haber estado allí, era imposible. ¿Verdad?

Janne Stobäus

A primera vista no se nos podría distinguir. Es que de verdad yo y mi doble somos muy parecidos, pero es obvio que sí existen algunas diferencias. Mi otro yo tiene casi el mismo físico, pero su mirada parece siempre un poco más seria, como si ya supiera lo que va a pasar en el futuro, y ese futuro no le gustara tanto. En general parece muy emocional a causa de cosas que no han ocurrido. Y supongo que sé por qué. Una vez, cuando nos encontramos, me dijo que todo era posible y por eso había que preparar los sentimientos para que nada pudiera sorprenderme. Me di cuenta de que el otro parecía más inteligente que yo. Él parece más serio, casi siniestro, y no le importan tanto las cosas. Y supongo que por eso sabe estar bien consigo mismo. Por lo menos así parece.

Merlin Schiffers

Escucho mis pasos haciendo eco ruidosamente por las paredes mientras me apresuro a atravesar la ya abarrotada estación central un poco antes de las 7 de la mañana, intentando no derramar mi té para llevar. Tengo que ir a trabajar y voy a llegar tarde otra vez. Me falta la respiración cuando llego a mi vía y miro rápidamente la pantalla electrónica: no he perdido el tren esta vez, ¡bien! Miro hacia arriba y observo la vía opuesta. Observo a una mujer con un gorro y una parca oscura, se está atando los cordones de sus zapatos Doctor Martens. Ella se levanta recogiendo el pelo y me mira. Me congeló al mirar su cara: ojos verdes, nariz estilizada, mejillas redondas, labios carnosos. Veo mi cara. La mujer tiene un piercing en su nariz y pelo oscuro –un estilo diferente al mío– pero claramente es la misma cara. ¡No puede ser! Pestañeo, vuelvo a mirar. No estoy equivocada. Ella también me mira, ninguna de nosotras se mueve, parecemos sorprendidas. Lentamente muevo mi mano en su dirección, parece muy extraño, es como si no pudiera controlarlo. La mujer hace lo mismo y nos miramos unos segundos... cuando de repente llega un tren. Puedo ver su cara borrosa momentáneamente por el reflejo de las ventanas del tren. Cuando el tren se para, vuelvo a mirar, pero ella ha desaparecido.

Leonie Friedrich

La semana pasada me encontré con *Yo 2*. La vi en la calle cuando estaba volviendo a casa. Había pasado un mal día en mi trabajo.

Yo 2 es bellísima, una estrella brillante. Su hermosura parece infinita, más aún a aquella hora de la noche, en la oscuridad del barrio donde vivo. Es de gran estatura, delgada, de apariencia perfecta, inalcanzable para mí. Me atrae.

Esa noche que la miré más cerca que nunca llevaba un vestido muy elegante: le favorecía a su cuerpo. Se veía incluso más deslumbrante que antes.

Yo soy todo lo contrario: suelo estar vestida con vaqueros rotos, viejos, cortados sobre las rodillas. Tengo un trabajo físicamente duro por lo que a menudo me siento fatigada. Prefiero estar en casa en las noches. Casi corro por mi barrio cuando vuelvo de mi trabajo tan tarde.

Ella, en cambio, tiene toda la calma, pasea por las calles deambulando sin prisa.

La había buscado en muchas ocasiones. Pero nunca había conseguido atraparla. Parece ser un juego sin fin. Cuando me acerco, siempre se aleja. Día tras día. Ella huye, se escapa, mientras yo *anhelo* encontrarla. Así lo vivimos desde hace ya unos treinta años. A veces tengo la impresión de que tiene la misma nariz que yo y el color de su pelo se parece al mío. Compartimos también la misma timidez...

La semana pasada, cuando la vi, casi tropecé contra ella. Por primera vez no escapó. Sentí un gran afecto y estaba muy emocionada: desde las arrugas de su cuello chorreaban gotitas de sangre. Desaparecían en el escote de su hermoso vestido. Sus ojos azules se convirtieron en ojos de tigre, y las uñas de sus manos...

Marion Zirwick

«Tienes que irte». «Apúrate». La voz en mi cabeza se hacía más fuerte cada segundo. Buscaba con prisa todas mis cosas. Cogí mi taza de café, mi llave, me puse la chaqueta sobre el brazo y cerré la puerta detrás de mí. «Date prisa, perderás el tren». La voz se volvió más y más insistente. Ya conocía esa voz. Me molestaba cada vez que llegaba tarde o se me olvidaba algo. En la calle, me di cuenta de que había perdido mi chaqueta. Me di la vuelta y vi que una joven se acercaba hacia mí con mi chaqueta en la mano. «Aquí la tienes» dijo ella. «Date prisa, o perderás el tren». Su voz parecía sorprendentemente familiar. Le sonreí brevemente y seguí corriendo hacia la estación. «Eso fue típico de ti. Vas a llegar tarde». «Siempre llegas tarde». Me lanzó la voz de nuevo, mi constante compañera. Puse los ojos en blanco. Cuando bajé las escaleras de la estación, vi que el tren ya estaba allí. Al llegar al tren, vi a una joven rubia que me abrió la puerta. «Gracias», dijo sin aliento. «Con gusto», dijo con una sonrisa. «No quiero que llegues tarde a la universidad». Pasé junto a ella buscando un asiento vacío. Al pasar me di cuenta de sus ojos verdes y brillantes.

Entre dos clases fui al supermercado a comprar algunas cosas. En el supermercado busqué en mi mochila la lista de compras. Recogí rápidamente las cosas que necesitaba y fui a la caja. Mientras esperaba en la cola de la caja, busqué mi cartera en la mochila. Sabía que lo había puesto esta mañana. Así que tenía que estar ahí. Tal vez se cayó de mi mochila cuando estaba buscando la lista de compras. Me di la vuelta para buscar mi cartera. Entonces vi a una joven que venía hacia mí. Tenía mi cartera en la mano. «Aquí lo tienes. Acabas de perder esto». Ella sonrió y me dio mi cartera. Otra vez esa voz familiar. Cuando le di las gracias, la miré a los ojos. Los mismos ojos que había visto en el tren esta mañana. Vi mi reflejo en sus ojos verdes. Podía ver dentro de ella a través de sus ojos. Podía oír sus pensamientos, mis pensamientos, nuestros pensamientos. Por un momento nos miramos en silencio y sonreímos. «Tienes que irte, vas a llegar tarde» dijo ella sonriendo. Miré mi reloj y cuando volví a mirarla, ya se había ido. Sabía que este no sería nuestro último encuentro. Y sé que ella también lo sabe.

Miriam Schöps

El yo contrario que imagino podría ser cualquiera persona. Puede ser que haya logrado todo lo que yo no he podido, o, puede ser que naciera con todo lo que yo deseo. Cuando lo imagino, veo a una persona que creció en la playa, que nunca tuvo que preguntar por algo, porque ya todo lo tenía. Una persona con amigos, habilidades y poder. Esa persona siempre sabe quién es, a dónde quiere que ir y cómo puede llegar ahí. Al mismo tiempo, veo a alguien que creció en pobreza, con enfermedades y sin las posibilidades que he tenido yo. ¿Qué haría si los encontrara? ¿Sentir envidia de uno y tener compasión por el otro? A lo mejor podría aceptar lo que soy y lo que tengo ahora, uno siempre quiere y busca más, pero nunca está conforme con lo que tiene.

Natascha Rahel Zaczek

Quizá era la sonrisa, quizá la silueta de su cara la que me había llamado la atención. Pero recuerdo muy bien que fue el momento en el que me crucé con su mirada el que causó un frío que sobrevinía de repente y atravesaba todo mi cuerpo. Es imposible explicar el sentimiento que tienes si reconoces a una persona al instante, aunque nunca la hayas visto en tu vida.

Permanecí unos segundos como una estatua de sal en la mesa del Café Unique. Solamente podía dejar que los ojos vagaran sobre su cabellera negra que terminaba en un azul claro en las puntas del pelo. Le caía suelto sobre los hombros cubiertos con una chaqueta negra de cuero, que parecía pertenecer al mismo equipo que el casco de moto en su mano.

“Soy Rabea”, explicó cuando se sentó en un sillón y cogió el libro de las Bucólicas de mis cosas de estudio. Su expresión se transformó leyendo unos de los versos: “Dios mío, ¡dime que no lo lees voluntariamente!”, -me dijo. Obvio, su apariencia era casi contraria a la mía, pero aquella tarde pasamos horas en el café. Mientras que escuchaba mi entusiasmo por una lengua en desuso, podía ver su interés creciendo sobre un tema tan desconocido hasta entonces en su vida. En contrapartida, cuando ella hablaba de vueltas en la moto por el sur de Europa moviendo las manos apasionadamente delante de mis ojos para perfilar algún lugar que había conocido, empecé a creer que, tal vez, en un cierto punto de nuestras vidas, no habíamos sido tan diferentes.

Rabea Marie Heß

Fue hace un tiempo en el instituto, cuando por primera vez me di cuenta de Luna. Es decir, Luna no siempre formó parte de mi vida y, jerárquicamente, yo debería tener poder sobre ella.

Al contrario, esta chica con el pelo marrón y la piel bronceada al sol fue ganando el control sobre mi vida. Yo siempre estuve interesada en estudiar matemáticas para ser profesora pero, de repente, Luna empezó a tener ganas de estudiar español y, a decir verdad, ahora solo sigo estudiando por satisfacer a la otra.

El gran problema es que somos personas con objetivos desiguales.

Mientras que yo soy una persona tímida que prefiere hacer sus deberes sola, Luna es muy abierta y prefiere hablar sin fin. Además, su interés en las culturas españolas y latinoamericanas hace que me falte tiempo para otras asignaturas. Aunque Luna sepa que todavía existe un número infinito de reglas gramaticales en las que tiene que mejorar, ella es....

¡Espera un momento! Obviamente el “infinito” forma parte del contexto matemático y, en consecuencia, hace parte de mi.

Vale, al fin y al cabo puede ser que no seamos tan diferentes como pensamos.

Tamara Gietzen